

Los conciertos**Alicia de Larrocha y otros aciertos, en el último programa de la Orquesta de la Ciudad**

La presencia de Alicia de Larrocha como solista del Concierto número 3 de Beethoven dio un indiscutible relieve a la pasada audición de la Orquesta Ciudad de Barcelona que volvió a tener en el primer aílil a Antoni Ros Marbà. Cada vez que escuchamos a nuestra Alicia de Larrocha —lo que por desgracia sucede muy de tarde en tarde— admiramos con sorpresa su fuerte personalidad. Alicia, desde siempre ha sido una admirable intérprete, pero en cada ocasión produce un renovado impacto. El hecho de estar continuamente en activo, de encadenar casi frenéticamente giran de conciertos por todo el mundo le da una «allure» especial, la que tiene sólo los grandes virtuosos del teclado. Ahora todas sus cualidades alcanzan un grado de madurez definitiva, lo que justifica su inclusión en el reducido grupo integrado por los primeros pianistas internacionales del momento.

La energía de su pulsación es vehemente y serena a la vez; los contrastes con el fraseo mórbido y delicado, los acentúa con intensidad y este claroscuro constante y de inesperados matices proporciona a su estilo una fascinación incomparable. Estas facultades como expresión perceptible de su innata musicalidad aplicadas a una obra magistral como el tercer Concierto de Beethoven, no podían menos que producir un efecto arrebatador, impresionante. No es extraño, efectivamente no puede ser de otra manera; Alicia de Larrocha es invitada en todas las salas de conciertos por las que desfilan los mejores intérpretes, virtuosos de cualquier instrumento y queda emplazada entre los de categoría definitiva. ¿Estamos seguros de habernos dado plenamente cuenta de esta realidad?

La inclusión en este mismo programa de «Quatre peces per a corda» de un nuevo compositor, Salvador Brotons, fue otro de los aciertos aludidos en el título de este comentario. Salvador Brotons reúne tres cualidades pocas veces coincidentes: es joven —20 años—, es ya un destacado profesional (flautista, es una familia de músicos) y es valiente, sincero y artísticamente honesto. Valiente y honesto porque no le importa en el momento de escribir sus primeras obras, dejar de beneficiarse de las especulaciones experimentales que tantos éxitos (al menos aparentes) proporcionan a bastantes sobrevenidos a la palestra musical. Y además tiene la inquietud suficiente para que su manera de expresarse no tenga nada que ver con el banal producto de un discípulo aprovechado. Sus cuatro piezas para orquesta de cuerdas es ciertamente, todavía una realización con algunas connotaciones excesivamente académicas, pero no tiene nada de vulgar ni gratuita. Apuntan en ellas interesantes hallazgos armónicos que tímidamente escapan de la tonalidad, y un sentido constructivo que permite adivinar un compositor dotado que puede enfocar el porvenir con más decisión, alentado por el éxito que obtuvo rubricado con unánimes y largos aplausos.

Como una orgía tímbrica y rítmica sonó la obra final del programa; la suite de «El mandarín maravilloso», de Bela Bartok, para mi gusto, la mejor partitura sinfónica del compositor húngaro. Ros Marbà, que dirigió en todo momento con nervio y precisión y la orquesta que respondió a su mando con indeclinable eficacia, dieron una versión espléndida, fulgurante de la obra, sin que el impetu y la complejidad de este castillo de fuegos artificiales sonoro, diera lugar a vaguedades de cuadratura o a cualquier otro confusiónismo. —  
Xavier MONTSALVATGE.